

IX. ORACIÓN Y OBEDIENCIA

«Se descubrió en Fletcher de Madeley una obediencia que desearía poder describir o imitar. Esto le infundió una disposición a aceptar cualquier adversidad con entusiasmo y alegría. Tenía un amor singular por los corderos del rebaño, y se aplicaba con la mayor diligencia a su instrucción, para lo cual poseía un don peculiar... Toda su relación conmigo estaba tan mezclada con oración y alabanza, que cada ocupación y cada comida estaba, por así decirlo, perfumada con ellas.» — JUAN WESLEY.

BAJO la ley mosaica, la obediencia era considerada como «mejor que el sacrificio, y el prestar atención, mejor que la grosura de los carneros». En Deuteronomio 5:29, Moisés representa al Dios Todopoderoso declarándose a Sí mismo en cuanto a esta cualidad de una manera que no dejaba duda sobre la importancia que Él otorgaba a su ejercicio. Refiriéndose a la obstinación de Su pueblo, clama:

«¡Quién diera que tuvieran tal corazón, que me temieran y guardaran todos los días todos mis mandamientos, para que les fuera bien a ellos y a sus hijos para siempre!»

Sin duda, la obediencia es una virtud elevada, una cualidad de soldado. Obedecer pertenece, eminentemente, al soldado. Es su primera y última lección, y debe aprender a practicarla todo el tiempo, sin cuestionamientos, sin quejarse. La obediencia, además, es la fe en acción, y es el resultado, así como la misma prueba del amor. «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama».

Además: la obediencia es la conservadora y la vida del amor.

«Si guardáis mis mandamientos», dice Jesús, «permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor».

¡Qué maravillosa declaración de la relación creada y mantenida por la obediencia! ¡El Hijo de Dios es sostenido en el seno del amor del Padre, en virtud de Su obediencia! Y el factor que capacita al Hijo de Dios para permanecer

siempre en el amor de Su Padre se revela en Su propia declaración: «Porque yo hago siempre lo que le agrada».

El don del Espíritu Santo en medida completa y en experiencia más rica depende de la obediencia amorosa:

«Si me amáis, guardad mis mandamientos», es la palabra del Maestro. «Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre».

La obediencia a Dios es una condición de prosperidad espiritual, satisfacción interior y estabilidad del corazón. «Si estuvierais dispuestos y obedecierais, comeréis el fruto de la tierra». La obediencia abre las puertas de la Ciudad Santa y da acceso al árbol de la vida.

«Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para tener derecho al árbol de la vida y entrar por las puertas en la ciudad».

¿Qué es la obediencia? Es hacer la voluntad de Dios: es guardar sus mandamientos. ¿Cuántos de los mandamientos constituyen la obediencia? ¿Guardar la mitad de ellos y quebrantar la otra mitad — es eso obediencia real? ¿Guardar todos los mandamientos menos uno — es eso obediencia? Sobre este punto, el apóstol Santiago es sumamente explícito: «Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos».

El espíritu que impulsa a un hombre a quebrantar un mandamiento es el espíritu que puede moverlo a quebrantarlos todos. Los mandamientos de Dios son una unidad, y quebrantar uno atenta contra el principio que subyace y atraviesa todo el conjunto. El que no duda en quebrantar un solo mandamiento, — es más que probable — bajo la misma presión y rodeado de las mismas circunstancias, los quebrantaría todos.

Se exige la obediencia universal de la criatura. Nada menos que la obediencia implícita satisfará a Dios, y el guardar todos sus mandamientos es la demostración de ello que Dios requiere. Pero, ¿podemos guardar todos los mandamientos de Dios? ¿Puede un hombre recibir capacidad moral que le

habilite para obedecer cada uno de ellos? Ciertamente puede. Por toda señal, el hombre puede, mediante la oración, obtener capacidad para hacer precisamente esto.

¿Acaso da Dios mandamientos que los hombres no pueden obedecer? ¿Es Él tan arbitrario, tan severo, tan falto de amor, como para emitir mandamientos que no pueden ser obedecidos? La respuesta es que en todos los anales de la Sagrada Escritura no se registra un solo caso de que Dios haya mandado a hombre alguno hacer algo que estuviera más allá de su capacidad. ¿Es Dios tan injusto y tan desconsiderado como para exigir del hombre aquello que no puede rendir? Ciertamente no. Inferirlo es calumniar el carácter de Dios.

Reflexionemos un momento sobre este pensamiento: ¿Exigen los padres terrenales de sus hijos deberes que no pueden cumplir? ¿Dónde está el padre que siquiera pensaría en ser tan injusto y tan tiránico? ¿Es Dios menos bondadoso y justo que los padres terrenales imperfectos? ¿Son ellos mejores y más justos que un Dios perfecto? ¡Cuán absolutamente necio e insostenible es ese pensamiento!

En principio, la obediencia a Dios es la misma cualidad que la obediencia a los padres terrenales. Implica, en efecto general, el renunciar al propio camino y seguir el de otro; el entregar la voluntad a la voluntad de otro; el someterse uno mismo a la autoridad y los requerimientos de un padre. Los mandamientos, ya sea de nuestro Padre celestial o de nuestro padre terrenal, son directrices de amor, y todos tales mandamientos están en el mejor interés de aquellos a quienes se les manda. Los mandamientos de Dios no se emiten ni con severidad ni con tiranía. Siempre se emiten con amor y para nuestro bien, y por tanto nos corresponde prestarles atención y obedecerlos. En otras palabras, y valorado en su mínimo grado — habiendo Dios emitido sus mandamientos para nuestro bien, vale la pena, por lo tanto, ser obediente. La obediencia trae su propia recompensa. Dios lo ha ordenado así, y ya que Él lo ha hecho, incluso la razón humana puede comprender que Él jamás exigiría aquello que está fuera de nuestro poder para rendir.

La obediencia es amor que cumple cada mandamiento, amor expresándose a sí mismo. La obediencia, por tanto, no es una demanda dura que se nos hace, como tampoco lo es el servicio que un esposo rinde a su esposa, o una esposa a su esposo. El amor se deleita en obedecer y agradar a quien ama. No hay durezas en el amor. Puede haber exigencias, pero no molestia. No hay tareas imposibles para el amor.

Con qué sencillez y de qué manera tan natural dice el apóstol Juan: «Y cualquier cosa que pidiéremos, la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él».

Esto es obediencia, anticipándose a todo y cada mandamiento. Es amor, obedeciendo por anticipación. Erran gravemente, y hasta pecan, quienes declaran que los hombres están obligados a cometer iniquidad, ya sea por el ambiente, la herencia o la tendencia. Los mandamientos de Dios no son gravosos. Sus caminos son caminos de deleite, y todas sus veredas paz. La tarea que corresponde a la obediencia no es difícil. «Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga».

Lejos esté de nuestro Padre celestial exigir imposibilidades a sus hijos. Es posible agradarle en todas las cosas, pues Él no es difícil de agradar. Él no es ni un maestro duro ni un señor austero, «que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste». ¡Gracias a Dios, es posible para todo hijo de Dios agradar a su Padre celestial! En realidad, es mucho más fácil agradarle a Él que agradar a los hombres. Además, podemos saber cuándo le agradamos. Este es el testimonio del Espíritu — la seguridad divina interior, dada a todos los hijos de Dios de que están haciendo la voluntad de su Padre, y que sus caminos son agradables delante de sus ojos.

Los mandamientos de Dios son justos y están fundados en justicia y sabiduría. «Así que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno». «Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos». Los mandamientos de Dios, entonces, pueden ser obedecidos por todos los que buscan suministros de gracia que los capaciten para obedecer. Estos mandamientos deben ser obedecidos. El gobierno de Dios está en juego. Los hijos de Dios están bajo la

obligación de obedecerle; la desobediencia no puede ser permitida. El espíritu de rebelión es la esencia misma del pecado. Es la repudiación de la autoridad de Dios, lo cual Dios no puede tolerar. Nunca lo ha hecho, y una declaración de Su actitud fue parte de la razón por la cual el Hijo del Altísimo fue manifestado entre los hombres:

«Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu».

Si alguien se quejara de que la humanidad, bajo la caída, es demasiado débil e indefensa para obedecer estos elevados mandamientos de Dios, la respuesta es que, mediante la expiación de Cristo, el hombre es capacitado para obedecer. La Expiación es el Acto Habilitador de Dios. Aquello que Dios obra en nosotros, en la regeneración y por medio de la agencia del Espíritu Santo, otorga gracia capacitadora suficiente para todo lo que se requiere de nosotros, bajo la Expiación. Esta gracia se suministra sin medida, en respuesta a la oración. De modo que, mientras Dios manda, Él, al mismo tiempo, se compromete a darnos toda la fuerza de voluntad y gracia de alma necesarias para cumplir sus demandas. Siendo esto verdad, el hombre queda sin excusa por su desobediencia y es eminentemente censurable por rehusar, o fallar, en asegurar la gracia necesaria, mediante la cual pueda servir al Señor con reverencia y con temor piadoso.

Hay una consideración importante que aquellos que declaran que es imposible guardar los mandamientos de Dios pasan por alto extrañamente, y es la verdad vital que declara que mediante la oración y la fe, la naturaleza del hombre es cambiada, y hecha participante de la naturaleza divina; que se le quita toda reticencia a obedecer a Dios, y que su incapacidad natural para guardar los mandamientos de Dios, surgida de su estado caído e indefenso, es gloriosamente removida. Por este cambio radical que se obra en su naturaleza moral, el hombre recibe poder para obedecer a Dios en todo sentido, y para rendir una lealtad plena y gozosa. Entonces puede decir: «Me deleito en hacer tu voluntad, Dios

mío» (Salmo 40:8). No solo se remueve la rebelión propia del hombre natural, sino que un corazón que obedece gozosamente la Palabra de Dios, es benditamente recibido.

Si se afirma que el hombre no renovado, con todas las discapacidades de la Caída sobre él, no puede obedecer a Dios, no habrá negación. Pero declarar que, después de que uno es renovado por el Espíritu Santo, ha recibido una nueva naturaleza, y se ha convertido en hijo del Rey, no puede obedecer a Dios, es asumir una actitud ridícula, y mostrar, además, una lamentable ignorancia de la obra e implicaciones de la Expiación.

La obediencia implícita y perfecta es el estado al cual el hombre de oración es llamado. «Levantando manos santas, sin ira ni contienda» (1 Timoteo 2:8), es la condición de la oración obediente. Aquí la fidelidad y el amor interiores, junto con la limpieza exterior, se presentan como concomitantes de la oración aceptable.

Juan da la razón de la oración contestada en el pasaje citado anteriormente: «Y cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él» (1 Juan 3:22).

Visto que el guardar los mandamientos de Dios se presenta aquí como la razón por la cual Él contesta la oración, es de suponer razonablemente que podemos guardar los mandamientos de Dios, podemos hacer las cosas que le son agradables. ¿Haría Dios del guardar sus mandamientos una condición para la oración eficaz, pensáis vosotros, si supiera que no podemos guardar sus estatutos? ¡Seguramente, seguramente no!

La obediencia puede pedir con denuedo ante el Trono de la gracia, y aquellos que la ejercen son los únicos que pueden pedir de esa manera. Las personas desobedientes son tímidas en su acercamiento y vacilantes en su súplica. Son detenidas a causa de su mal proceder. El hijo que solicita pero es obediente, entra en la presencia de su padre con confianza y denuedo. Su misma conciencia de obediencia le da valor y lo libra del temor nacido de la desobediencia.

Hacer la voluntad de Dios sin titubear, es el gozo y también el privilegio del hombre que ora con éxito. Es aquel que tiene manos limpias y corazón puro el que puede orar con confianza. En el Sermón del Monte, Jesús dijo:

«No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7:21).

A esta gran declaración se puede añadir otra:

«Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor» (Juan 15:10).

«El oficio del cristiano», dice Lutero, «es la oración». Pero el cristiano tiene otro oficio que aprender, antes de proceder a aprender los secretos del oficio de la oración. Debe aprender bien el oficio de la obediencia perfecta a la voluntad del Padre. La obediencia sigue al amor, y la oración sigue a la obediencia. El negocio de la observancia real de los mandamientos de Dios acompaña inseparablemente al negocio de la oración real.

Uno que ha sido desobediente puede orar. Puede orar por misericordia perdonadora y la paz de su alma. Puede venir al estrado de Dios con lágrimas, con confesión, con corazón penitente, y Dios lo oirá y contestará su oración. Pero este tipo de oración no pertenece al hijo de Dios, sino al pecador penitente, que no tiene otro camino por el cual acercarse a Dios. Es la posesión del alma no justificada, no de aquel que ha sido salvo y reconciliado con Dios.

Una vida obediente ayuda a la oración. Acelera la oración al trono. Dios no puede dejar de oír la oración de un hijo obediente. Siempre ha oído a sus hijos obedientes cuando han orado. La obediencia sin cuestionamientos cuenta mucho ante los ojos de Dios, en el trono de la gracia celestial. Actúa como las mareas confluyentes de muchos ríos, y da volumen y plenitud de flujo, así como poder, al lugar de oración. Una vida obediente no es simplemente una vida reformada. No es la vieja vida remozada y pintada de nuevo, ni una vida de asistencia a la iglesia, ni un buen barniz de actividades. Tampoco es una conformación externa a los

dictados de la moral pública. Mucho más que todo esto se combina en una vida verdaderamente obediente, temerosa de Dios, del cristiano.

Una vida de plena obediencia; una vida asentada en los términos más íntimos con Dios; donde la voluntad está en plena conformidad con la voluntad de Dios; donde la vida exterior muestra el fruto de justicia — tal vida no ofrece barrera al aposento interior, sino más bien, como Aarón y Hur, levanta y sostiene las manos de la oración.

Si tienes un deseo ferviente de orar bien, debes aprender cómo obedecer bien. Si tienes el deseo de aprender a orar, entonces debes tener un deseo ferviente de aprender cómo hacer la voluntad de Dios. Si deseas orar a Dios, primero debes tener un deseo consumidor de obedecerle. Si quisieras tener libre acceso a Dios en la oración, entonces todo obstáculo en la naturaleza del pecado o la desobediencia debe ser removido. Dios se deleita en las oraciones de los hijos obedientes. Las peticiones que salen de los labios de aquellos que se deleitan en hacer su voluntad, llegan a sus oídos con gran celeridad, y lo inclinan a contestarlas con prontitud y abundancia. En sí mismas, las lágrimas no son meritorias. Sin embargo, tienen sus usos en la oración. Las lágrimas deben bautizar nuestro lugar de súplica. El que nunca ha llorado por sus pecados, nunca ha orado realmente por sus pecados. Las lágrimas, a veces, son el único ruego del penitente. Pero las lágrimas son para el pasado, para el pecado y la maldad. Hay otro paso y etapa, esperando ser dados. Es el de la obediencia sin cuestionamientos, y hasta que se dé, la oración por bendición y sustento continuo será en vano.

En todas partes de la Sagrada Escritura, Dios es representado como desaprobando la desobediencia y condenando el pecado, y esto es tan cierto en las vidas de sus elegidos como lo es en las vidas de los pecadores. En ningún lugar Él tolera el pecado o excusa la desobediencia. Siempre, Dios pone el énfasis en la obediencia a sus mandamientos. La obediencia a ellos trae bendición; la desobediencia encuentra desastre. Esto es verdad, en la Palabra de Dios, desde su principio hasta su fin. Es por esto que los hombres de oración, en la Sagrada Escritura, tuvieron tal influencia con Dios. Los hombres obedientes, siempre, han

estado más cerca de Dios. Estos son los que han orado bien y han recibido grandes cosas de Dios, los que han traído a cabo grandes cosas.

La obediencia a Dios cuenta enormemente en el ámbito de la oración. Este hecho no puede ser enfatizado demasiado ni con demasiada frecuencia. Abogar por una fe religiosa que tolera el pecado, es cortar el terreno bajo los pies de la oración eficaz. Excusar el pecado con el pretexto de que la obediencia a Dios no es posible para los hombres no regenerados, es descontar el carácter del nuevo nacimiento, y colocar a los hombres donde la oración eficaz no es posible. En una ocasión Jesús prorrumpió con una pregunta muy pertinente y personal, que llegaba directamente al corazón de la desobediencia, cuando dijo: «¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?» (Lucas 6:46).

El que quiera orar, debe obedecer. El que quiera obtener algo de sus oraciones, debe estar en perfecta armonía con Dios. La oración pone en aquellos que oran sinceramente un espíritu de obediencia, porque el espíritu de desobediencia no es de Dios y no pertenece a los ejércitos orantes de Dios.

Una vida obediente es una gran ayuda para la oración. De hecho, una vida obediente es una necesidad para la oración, para la clase que logra cosas. La ausencia de una vida obediente hace de la oración una actuación vacía, un mero nombre inapropiado. Un pecador penitente busca perdón y salvación y tiene respuesta a sus oraciones incluso con una vida manchada y corrupta por el pecado. Pero los intercesores reales de Dios se presentan ante Él con vidas reales. La vida santa promueve la oración santa. Los intercesores de Dios «levantan manos santas», los símbolos de vidas justas y obedientes.